

Pero no siempre el deseo del arte supera al discurso preestablecido: “Mujer que se transforma en cuerpo / buitre, savia profunda, verde, / ángel obediente... madre... mujer / que se transforma... dios...” (pág. 42). La palabra discurso ya sería un elogio para referirnos a la suma de atributos del Lugar Común, el cliché a kilómetros de distancia, la poesía en veremos, mala de maldad. En cambio al desafiar al discurso preestablecido, como en *Cesura*, la poeta logra resultados: “Perfecta la rima / el tono / y la cesura / ¿qué esperaba usted / de mujer casada / y buena madre?” (pág. 29). Lo mismo sucede en *Inundación* (pág. 36), donde se esconde la identidad del tú de “alado peso”.

El otro libro resulta ser dos libros: *Vestigios y Conjuraciones y blasfemias*. La presentación de Eva Tóth (traducción del húngaro de Andrés Meley) es directa: señala lo inútil que sería buscarles coordenadas geográficas a estos poemas, señala las “experiencias ontológicas” que se expresan en la relectura de la mitología clásica<sup>3</sup>. Aquí las exploraciones del libro previo (simultáneo en cuanto a fecha de publicación, pero se me hace que es muy anterior) ganan en hondura de palabra: “vociferando versos palpando cuerpos / como almas / por entre estos años muros y no espejos” (*Sin memoria*, pág. 26). Este cambio tiene su imagen precisa: la crisálida en *Metamorfosis* (pág. 14) y *Un incesante transcurrir* (pág. 19). Y también fantasmas del sueño (con escamas) que deambulan por aquí y por allá. Y en la superficie del agua, espejo del lenguaje, se repiten los rituales del balbuceo: “un nombre, el nombre se desangra / y el silencio sólo anhela / volver a ser silencio” (*Desolación*, pág. 29).

Romper la superficie: purificarse. Darle un tajo a la lengua: aprender otra clase de oficio en los límites. Así, con “mano transparente / Lo que será ya se despide” (*Nostalgias*, pág. 39), y el ser y el estar (juguemos a la filosofía alemana) son la misma espuma (así lo diría Hegel) pero en otra jarra de cerveza. María Teresa Caro lo dice ahora con verdadera inspiración:

*Estoy pero no estoy entre mis  
[ropas  
ni en la desnudez ni en las  
[palabras  
en vano me busco entre los  
[códices  
en otras voces  
porque no soy entre mis ropas  
ni en el alcohol oscuro de la  
[hoguera  
[pág. 56]*



Hay un par de poemas que siguen esta línea, notables ambos<sup>4</sup>. Es decir, que van más allá de *Metamorfosis*, el poema central del proceso. La descripción de lo que está sucediendo: “En esta casa que no es mía / nada me pertenece...” (pág. 14). Ahora sabemos, para bien de esta poesía, que eso no es tan cierto. Basta que el oído se dé cuenta y una sola palabra.

EDGAR O'HARA  
Universidad de Washington  
(Seattle)

1. Es lo que sucedió con *Noches de adrenalina* (1981), de Carmen Ollé. Libro germinal en sentido estricto: desafío temático, desafío lingüístico. De pronto las lecturas iniciales de esos poemas (la anatomía de la sensualidad, la coprolalia desde una voz de mujer) se convirtieron en la única lectura hasta el punto que la propia poeta, años después, intentó cambiarles el rumbo a los lectores. Cf. “Ya no me interesa gritar”, entrevista de Cesáreo Martínez a Carmen Ollé con motivo de la publicación de *Todo orgullo humea en la noche*, en *Culturas de La República* [Lima], segunda semana de enero de 1989, págs. 1-2.

2. Me refiero a *Sólo un nombre*: “Alejandra Alejandra / debajo estoy yo / Alejandra”, de *La última inocencia* (1956). Cf. Alejandra Pizarnik: *Poesía completa (1955-1972)*, edición a cargo de Ana Becciu, Barcelona, Editorial Lumen, 3.<sup>a</sup> ed., 2001, pág. 65.
3. Si este “prologueto” de Tóth fue para un libro publicado en Hungría: *Arabescos de la nada* (1999), ¿vale también para un libro (dual) de distinto título? Misterios de la “prolongación” de un prólogo.
4. *Como todo lo que vuelve* (pág. 30), y *De ausencias y nostalgias* (pág. 34).

## Poesía que no duerme

**Amantes / Si mañana despierto**

Jorge Gaitán Durán

Universidad Externado de Colombia,  
Colección Un libro por centavos,  
núm. 4, Bogotá, 2004, 69 págs.

Parece mentira que los diez poemas de *Amantes*, publicados en separata de la revista Mito en 1958, estén por cumplir cincuenta años y se sigan leyendo y se dejen leer con la emoción de la primera vez. ¿En qué consiste el secreto de estas palabras? Si uno hace una lectura de época se dará con los ingredientes del contexto en que nacieron estas diez proposiciones a favor del erotismo (y no fueron clavadas en la puerta de ninguna iglesia). Uno puede hasta sentir los olores no expresados de la interdicción: sotanas, misales, condenas de azufre perpetuo. Puede uno también revivir la idea —de filo surrealista— que esgrime esta poética para resistir en territorio prohibido. La provocación es el recuerdo constante del límite que tantean: “afrenta de dioses que no existen” (*Ética*, pág. 14); “Estrellas enemigas, imperios que se afrentan” (*Se juntan desnudos*, pág. 16); “Desnudos afrontamos el cuerpo” (*Amantes*, pág. 18); “vivir como todo un hombre / La afronta” (*Marcha fúnebre*, pág. 25). Ese límite, junto a la religión establecida (la Institución que busca normar el inconsciente de sus fieles), está señalado (habría di-

cho Julio Cortázar) por la enemiga costumbre:

*En el estío son águilas o tigres,  
[soles sanguinarios  
Que arden en el opaco mundo  
[de las cosas  
[El infierno, pág. 12]*

*[...] el padre y la madre después  
[de haber gozado  
El cuerpo se levantan en la  
[noche para velar al hijo que  
[odian  
[Ética, pág. 14]*

*El tedio, la sospecha que  
[invencible nos ata  
En su red [...]  
[Amantes, pág. 17]*



El cielo equivale a una promesa rota, o un paraíso que nunca fue<sup>1</sup>. Acaso haya de ser recuperado por los seres que se obstinan: "Entre tierra y cielo sólo quiere ser hombre. No será su existir fácil / Como respeto de puta: guerrero, sí, o loco, pero nunca inocente" (*El guerrero*, pág. 24). Son versos que suenan al mundo pagano de Catulo, con la salvedad de que aquí la tierra equivale a la pasión y el cielo representa una posibilidad más que nada intuitiva. De la tradición surrealista viene el amor como insaciable locura. Y es que el deseo no se apaga nunca, es un infierno (su verdadero nombre es inquietud) cuyos implementos de tortura son la sutileza, los gestos, la ausencia. ¿Estamos hablando del amor en clave barroca y onírica? (*Si mañana despierto se*

abre con un epígrafe de los sueños quevedianos). El cuerpo, sin embargo, sobrevive sujeto a la contingencia y por ello el cielo provoca tanta envidia. La religión es la que busca regir el ritmo (estelar, dijo el Dante) de los cuerpos. De ahí que sea preferible, como en la poesía y pintura surrealistas, el beso convertido en estatua de piedra, inmóvil testimonio del fragor duradero: "Boca que busca la boca, estatuas erguidas / Que en la piedra inventan el beso" (pág. 18). Xavier Villaurrutia le da vida a las estatuas, Charry Lara les concede un cosquilleo en su frialdad. Poderes de la lírica.

Pero ningún contexto cultural explicaría el atractivo de esta decena de textos. La transgresión que aviva ese sitio donde las papas se siguen asando sobre cenizas incansables, no garantiza un resultado poético por más espontánea que sea su descripción. Gaitán Durán lo logra por varios caminos. Para crear un mundo de agobio y la necesidad de un respiro, se limitó a un número reducido de poemas y el balance de la cifra es un acierto como lo son las imágenes que se quedan con nosotros:

*Se abrazan en su miseria hasta  
[encontrar un cuerpo  
Impenetrable donde sólo la  
[muerte toca fondo:  
Sus bocas están juntas, mas  
[separadas siguen las almas.  
[El infierno, pág. 13]*

La imagen poética no está al servicio de una idea ficticia (el propio deseo) de totalidad sino para registrar algunos instantes en que la pasión se enardece y no es posible comprenderla: "[...] se despedazan, se besan hasta el fondo, / Saltan como dos delfines blancos en el día, / Pasan como un solo incendio por la noche" [*Se juntan desnudos*, pág. 16].

El otro libro, de 1961 y clásico también, expande en anécdotas con seres de carne y hueso (o tinta: históricos o literarios) lo que en *Amantes* fueron casi arquetipos, pluralidades del yo. El cielo se ha vuelto reliquia en el cuerpo amado: "Al fin como un dios crearme en tus pupi-

las" (*La tierra que era mía*, pág. 33) a partir de la historia personal de Novalis y Sofía von Kühn. El paisaje interior se une a la geografía, al arte (la música del agua), la muerte con alas zumbonas y la religiosidad como un fastidio sin solución: "me quemó en tu ira, soy tu llama" (pág. 53). En *Si mañana despierto* también sería fácil establecer la analogía entre la Historia (en *Amantes* sería la intimidad suspendida fuera del mundo) y la razón poética. No es así la cosa. Tampoco la oposición al transcurrir lleva a la felicidad artística: el *locus amenus* se resume en el instante del reconocimiento amoroso, pero tampoco garantiza la escritura del poema logrado. Vuelta a la ascensión: "De galaxia en galaxia, iba el alma / Tras la vista, hacia firmamentos / En donde nada medra ni concluye" (*Momentos nocturnos*, pág. 57). Cuando la muerte pisa los talones, los pasos se miden en la interioridad:



*Soledades del cielo, las estrellas;  
Los hombres, soledades de la  
[tierra;  
Nos separaban dioses, mas  
[luchamos  
Hasta habitar un día entre los  
[astros  
[Estrofa al alba del 14 de  
septiembre de 1959, pág. 67]*

Es artístico, por ejemplo, el contraste entre el título que se instala en un día, un año y el despuntar (como se le dice a la primerísima luz), y la estrofa que se aparta hacia otro día, lejano dentro de nosotros mismos y solitario también. Gaitán Durán ha-

bla de imperios que yacen en el polvo, repite mitos consabidos, pero siempre sabe detenerse en el número de versos que le pide su poema. Este talento no se compra en ninguna pulpería. No se pide en la barra del bar de Rubén Darío. Es de fabricación casera, ni más ni menos: el sentido del cuándo, dónde y en compañía de qué otras palabras. Saber intransferible:

*Canta el cuerpo en la luz, la  
[tierra canta,  
Danza en el sol de todos los  
[colores,  
Cada sabor es único en mi  
[lengua  
[Siesta, pág. 61]*

Y no muere con la persona que supo soñarlo. Respira en cada lectura.

EDGAR O'HARA  
Universidad de Washington  
(Seattle)

1. En otras palabras, "en inmortales los convierte / el cielo mentido" (pág. 12); "nos inferimos las viles injurias / Con que el cielo afrenta a los que se aman" (pág. 17); "Tenemos la tierra porque al cielo hemos negado" (pág. 19); "Al hombre exige lo que para el cielo es imposible" (pág. 21); "inhospitalidad del cielo" (pág. 26).

## Charry vuelve a Bogotá

### Antología personal

Fernando Charry Lara  
Universidad Externado de Colombia,  
Bogotá, 2004, 71 págs.

Uno de los más grandes orgullos de mi vida fue haber sido llamado por María Mercedes Carranza para escribir una conferencia y pronunciar unas palabras en la Casa de Poesía Silva, con motivo de los ochenta años y el homenaje nacional al maestro Fernando Charry Lara. Era el equivalente a la "coronación" de un poeta, algo que ya no se estila en

tiempos hartos menos poéticos y que desconocen lo que era cuando un país entero se paralizaba para ver una corona de laurel puesta en las sienes de un Voltaire o de un Victor Hugo.



Pocos días antes de su muerte, vi a Fernando Charry Lara por última vez, en el lanzamiento de esta *Antología personal*, en la Feria del Libro de Bogotá, tal vez el mismo día de la muerte de quien quizá fue nuestro más grande crítico literario del siglo xx: Hernando Valencia Goelkel, además de cabeza visible durante años del consejo editorial del Banco de la República y, entre otras publicaciones, de este Boletín Cultural y Bibliográfico.

Desde entonces quise reseñar este librito, cuyo formato se semeja a los famosos cuadernillos de Simón Latino, aunque nunca supuse que la reseña se convirtiera en una especie de rendición de cuentas y en mi homenaje póstumo a ese ser discreto, elegante, sencillo y leal, que jamás se sintió olímpico y que me brindó una amistad que sólo me honra. Me duele pensar que no podré volver a visitar a Fernando Charry Lara. No podré volver a almorzar en su compañía, escuchando sus sabrosas anécdotas. Algún día me contó, por ejemplo, que en la actual sede de la Casa de Poesía Silva no había vivido nunca José Asunción, pero sí Aurelio Arturo, cuando allí funcionaba una pensión. Entre las muchas anécdotas de las vidas de los poetas que logré entresacarle, algunas de ellas impúblicas, me ronda en

este momento la imagen del niño de siete años que fue llevado por su padre al Capitolio Nacional a ver el cadáver de un amigo suyo que se llamaba José Eustasio Rivera, que era una gloria nacional y que acababa de morir en Nueva York. Muchos años después, el niño, que hoy acaba de morir en Washington, escribió un hermoso poema, que repitió descaradamente su escalofriante imagen cuando el cuerpo del poeta fue repatriado desde los Estados Unidos, donde la parca quiso visitarlo: *Rivera vuelve a Bogotá*, que apropiadamente cierra este librito de diecinueve poemas escogidos por el propio autor como lo más destinado a perdurar en su ya escasísima producción: apenas una cincuentena de poemas en tres libros: *Nocturnos y otros sueños* (1949), *Los adioses* (1963) y *Pensamientos del amante* (1981), reunidos por Procultura en un solo volumen, *Llama de amor viva* (1986).

Una vida para cincuenta poemas. El que Fernando Charry Lara sea autor de un total de no más de cincuenta breves poemas nos llevaría a la que Gutiérrez Girardot llama "infantil deducción de que para cada poema Charry Lara ha trabajado más de un año" y de que su método de trabajo está presidido por la famosa frase (de Valencia) "sacrificar un mundo para pulir un verso". Pero esas deducciones infantiles son las que se quedan en la memoria de las gentes. La brevedad de Charry, apenas ese puñado de poemas, no es tan extraña en el mundo de la poesía: Villaurrutia, Guillén, José Eustasio Rivera, Aurelio Arturo, por mencionar unos pocos casos... Por otra parte, si esa brevedad nos permite a los no poetas imaginar que sólo nos falta escribir cincuenta poemas para convertirnos en grandes poetas, también es cierto que, como el personaje de Molière que descubre que toda su vida ha hablado en prosa sin saberlo, deberíamos agregar que nos falta escribir precisamente "esos" cincuenta poemas y no otros.

Acaso lo que hace falta a este librito es una introducción, y es lo que intentaré hacer en esta reseña. Quie-